

Vaso

Cerámica

7,36 x 10 x 0,3 cm

Mediados del siglo II - IV d.C.

Reza Vella, Ourense

La elección de la presente pieza tiene por objeto dar a conocer, con carácter eminentemente divulgativo, las excavaciones realizadas en el yacimiento arqueológico de Santa Catalina de Reza Vella o de la vega de Reça, topónimo con el que aparece citada en la documentación alto medieval el entorno de la capilla homónima. El lugar, situado al sur y protegido del norte, es propicio para huertas y cultivos, y vía natural de comunicación en la margen derecha del Miño, y, como vendrían a demostrar estos trabajos, uno de los lugares de origen de la ciudad de Ourense.

El yacimiento, conocido desde antiguo, figura en el *Catálogo do Patrimonio Arqueolóxico* del PXOM de Ourense y en el *Inventario Xeral do Patrimonio Cultural de Galicia*. Se vería parcialmente afectado en 2010 por el proyecto de construcción de la plataforma del corredor norte-noroeste de alta velocidad del eje Ourense a Santiago, en el tramo de acceso a la estación de Ourense, por lo que, como prescribe la ley, fue de obligado cumplimiento la realización de controles arqueológicos. Fue precisamente el carácter excepcional de los restos exhumados en el transcurso de la prospección lo que obligó a realizar una excavación en área en la zona de entrevías, que serviría para paliar, en la medida de lo posible, los daños irreparables, y para documentar y preservar la memoria de un espacio tan interesante como complejo.

La excavación estuvo dirigida por el arqueólogo Mario César Vila con la colaboración de un equipo multidisciplinar formado por arqueólogos, restauradores, conservadores, dibujantes..., lo que permitió la conservación de estructuras *in situ* o el desmontaje, por medios mecánicos o manuales, de aquellas otras que tuviesen relevancia; la recogida sistemática de muestras arqueobotánicas, que proporcionaron interesantes datos del aprovechamiento del bosque y sobre las diferentes maderas utilizadas para las piras funerarias de la necrópolis hallada; y por último, la exhumación de los materiales de la manera más correcta para su posterior documentación, conservación y exposición en el museo. Todo esto permitió además la elaboración de unas memorias muy completas: en ellas se analizan y estudian las diferentes estructuras encontradas y los materiales asociados a ellas, destacando como claves una serie de «hitos» de época romana que se integran en una secuencia cronológica mucho más amplia. Así, se documentaron cuencos carenados tipo Alpiarça como los que se encuentran en las primeras fases de Castromao; ollas de la Primera Edad del Hierro, de bordes exvasados como las de San Julião, Torroso o San Trocado, y ollas de bordes facetados como las de Saceda, materiales que enlazarían directamente con los propios orígenes de la ciudad. Junto a ellos, otras piezas de gran interés, de esa

época incierta de las invasiones germánicas que se deshace como arena entre los dedos de las manos, como son una fíbula de arco de forma semicircular o una aguja de base escutiforme de una hebilla de cinturón de época visigoda, ambas de bronce. La difusión de este tipo de hebillas en la península incluye la mayoría de las necrópolis germánicas de la Meseta como Carpio, Madrona, Deza o las de Herrera de Pisuerga, pero también se registran, como elementos intrusivos, en ajuares de tumbas claramente hispanorromanas.

Pero con todo, es la cerámica común romana, junto con las diferentes series anfóricas, la producción más representativa y numerosa. Destaca la variada procedencia de las ánforas, ya que se documentan piezas procedentes del ámbito hispano, de la Lusitania, de la Tarraconense y del sur de la península, pero también de la zona del estrecho de Gibraltar, del norte de África, de la Galia y del Mediterráneo Oriental. Son, sin embargo, escasas o muy fragmentadas las muestras de *sigillata* hispánica, de cerámica bracarense o los fragmentos de cerámica de paredes finas. Completan este ajuar las jarras de pico trilobulado, y platos y fuentes de engobe rojo, reservados a diversas funciones de cocina o servicio de mesa, datados entre los siglos III y IV, y no muy diferentes a los materiales aparecidos en el entorno de la ciudad. De esta misma época o más tardías, son las ollas y los vasos asociados a las prácticas de incineración o inhumación presentes en la necrópolis. La mayoría aparecieron en posición primaria y fueron extraídos en bloque, conservando incluso, algunos de ellos, restos óseos en su interior y señales de incineración en el exterior. La necrópolis estaba constituida por diferentes sepulturas sin estructuras, de tamaño y orientación diversas, en forma de fosa excavada sobre un depósito de origen antrópico, con una potencia de cerca de 40-50 cm, y selladas por un depósito general compuesto de tierra orgánica.

Testimonio de estas ofrendas y del sentido de la trascendencia es la pieza que hoy damos a conocer. Se trata de un vaso de perfil troncocónico invertido con marcada carena, de la que partirían dos asas –se conservan solo el arranque de una y un tercio aproximadamente de la otra–, y no conserva el borde. El hombro es invasado, arqueado y muy amplio, y el pie es estrecho y alto. Su pasta es de color ocre, de composición micácea, textura fina y relativamente dura. Fue localizado *in situ* en posición primaria y extraído en bloque, junto con un posible pavimento y restos de carbonización de un depósito de relleno asociado a prácticas de incineración. Apareció junto con abundantes carbones y fragmentos de hueso y relacionado con el nivel sobre el que se excavaron las fosas, y con las estructuras de combustión que conforman la necrópolis.

El equipo arqueológico redactor del catálogo de materiales enmarca la pieza dentro del Bajo Imperio Romano, en la tipología V2A de Alcorta, y como una producción de entre mediados del siglo II y fines del IV o inicios del V d.C. Según el citado autor, son piezas de calidad variable, pequeñas –entre 7 y 8 cm de diámetro en el borde–, y según sea su tipología, pueden presentar un cuidado tratamiento decorativo mediante la aplicación de un engobe rojo semibrillante, pigmentaciones parciales o

bandas pintadas sobre la cara más visible de las piezas. El mismo investigador opina que tienen semejanza formal con algunos vasitos de cerámica gris, y que son producto de los hornos alfareros que funcionan en *Lucus Augusti*, tanto dentro de la muralla como extramuros, desde época Flavia hasta bien entrada la tardorromanidad, y que exportan piezas a toda Galicia. Este modelo podría relacionarse también con las jarras carenadas de pie elevado de Santomé, datadas en el siglo IV d. C. Con todo, estas piezas no son muy diferentes a otros vasos o jarras de ajuares portugueses, de León, Asturias o Valladolid, datados entre los siglos II y III d.C.

Además de estos materiales, se documentaron dos niveles de calzada, de adscripción cultural altoimperial. El primero de ellos, según todos los indicios, sería una vía que uniría la ciudad de Ourense con Tui, como una variante de la vía XVIII del Itinerario de Antonino que serviría fundamentalmente para el transporte de minerales de las explotaciones mineras adyacentes, como la de Barbantes. La calzada, con orientación E-O, se dispondría sobre un preparado de arcilla y grava echado sobre el sustrato.

Aparece delimitada por dos muros de mampostería de granito bajo los que se localizaron dos canales que funcionaban como drenaje para facilitar la circulación de las aguas pluviales, lo que impediría que se anegara el firme. El segundo nivel de calzada, construido en una fase posterior, tiene una orientación N-NE. Se definieron en ella, en planta, dos grandes muros con las esquinas redondeadas, de granito, trabado en seco, con algo de cal sin llegar a formar mortero, de 60 cm de anchura y altura variable, llegando en algunos puntos a los 180 cm; su construcción se relaciona con elementos de contención de la vía, que en este punto conformaría un cruce de caminos con la primera calzada. Sobre ellos se documentó un depósito que ocupa todo el yacimiento y que se interpretó como el nivel de abandono de la calzada.

Por encima de este depósito se construyen las diferentes edificaciones que forman el siguiente nivel, una vez amortizada la calzada. Entre las construcciones que componen este nivel de ocupación destacan los restos de un edificio de planta aproximadamente rectangular, con orientación E-O, con buenos muros de mampostería de granito, que se interpretó como una casa de campo con funciones artesanales y agrícolas, semejante a otras, más o menos ricas, que circundaban la ciudad como las de Papón, Santomé o A Farixa. Además de estas construcciones, las excavaciones permitieron identificar un posible horno de cerámica romana, un espacio relacionado con la fundición de metales y los restos de la necrópolis ya citada. Parece que el lugar fue siempre una tierra propicia para la muerte y para la vida y, no es de extrañar, las primeras cerezas que llegaban en primavera a Ourense siempre eran de Reza.